Fauna Guardianes

CRUM

El miedo nuevo

PINGÜINO DE GALÁPAGOS · Una aventura ilustrada





01

La sombra de Peca

CRUM encontró a su hermana siguiendo una mancha. Peca perseguía la sombra de su propio pico sobre la piedra. Cada vez que intentaba alcanzarla, la mancha se movía.

«Ésa tampoco se come», dijo él.

Era mediodía. La condujo hasta la grieta donde anidaban sus padres.

Desde dentro se veía una línea de mar tan azul que parecía pintada sobre la roca negra. Él prefería estar en el agua. Allí podía moverse deprisa; en tierra siempre parecía llegar tarde. Peca se acomodó bajo una saliente. La sombra de su pico desapareció.

«La perdiste», murmuró CRUM.

Ella cerró los ojos. Él se quedó mirando la entrada, sin saber todavía cuánto iba a importarle la forma de aquel hueco.



02

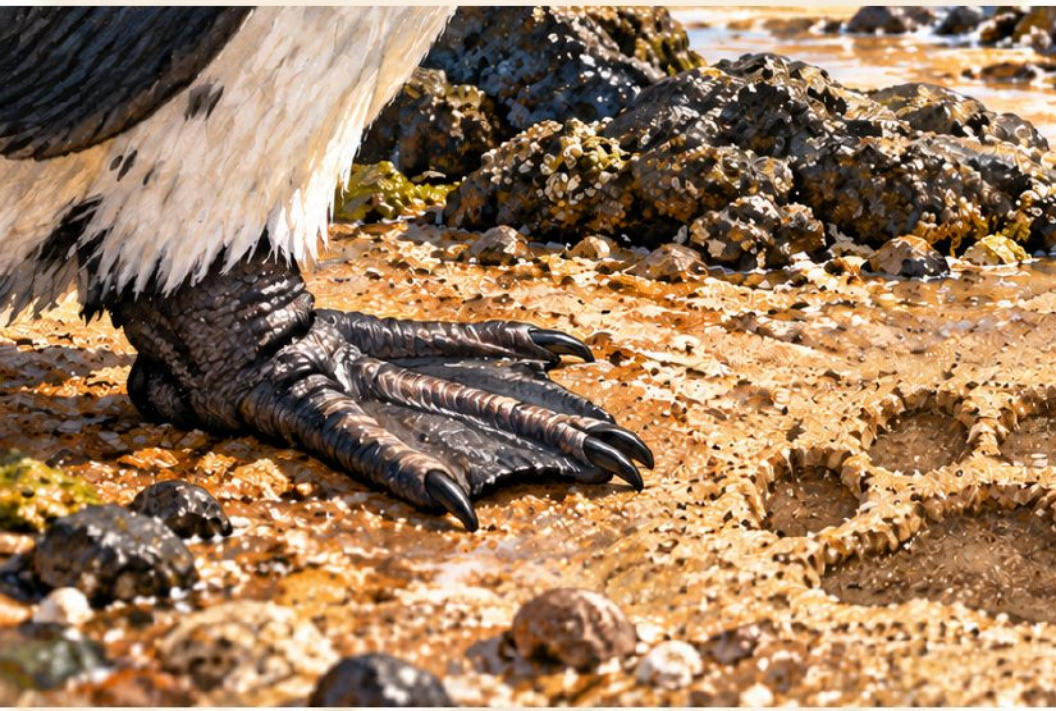
El borde conocido

Al día siguiente CRUM llegó del mar con el pecho frío. Había perseguido peces hasta que su padre le cerró el paso. Más lejos, una sombra grande recorría el agua. Dieron vuelta juntos. No todos los peligros eran nuevos. CRUM sabía cuándo apartarse de una corriente y cuándo dejar de seguir un destello plateado. Aún estaba aprendiendo muchos otros.

En la playa, una iguana levantó la cabeza y volvió a echarse sobre la roca. Peca miraba desde la grieta. CRUM salió sacudiéndose.

«Hoy casi pesco uno enorme.»

Su padre dejó pasar la exageración. Más arriba, donde nunca llegaba la espuma, había una marca reciente en la arena. CRUM apoyó una pata junto a ella. La suya no se parecía en nada. Se agachó para mirar mejor.



03

Cuatro dedos

La marca tenía cuatro dedos. CRUM la siguió hasta unas piedras. Allí se perdió. Dio la vuelta para buscar otra y encontró a su padre delante de él.

«Vuelve.»

«No hay nada.»

Su padre no miraba la arena. Miraba el espacio oscuro entre dos rocas. CRUM se volvió hacia allí. Algo retrocedió sin hacer ruido. Alcanzó a ver pelo y una cola que desaparecía. No se parecía a ninguna de las formas que conocía. Su padre lo empujó hacia el nido.

Peca había vuelto a dormirse. Todo parecía igual: el mar en la entrada, el olor a plumas, la piedra tibia. Pero el adulto se quedó fuera mucho rato. CRUM hizo la pregunta dos veces antes de que contestara.

«Un gato», dijo al fin.





04

Los ojos

Aquella noche CRUM decidió mirar. Permaneció en la entrada más tiempo de lo que le habían permitido. Quería ver cómo era el animal entero. Si lo conocía, pensaba, dejaría de imaginarlo tan grande. Una piedra hizo clic. Los ojos aparecieron muy bajos.

CRUM se quedó quieto. No por ausencia de miedo: el cuerpo se le había llenado de él de golpe. No encontraba qué hacer con las patas. El gato se acercó. Desde el fondo, su padre lanzó un grito. CRUM sintió un golpe en el costado y cayó hacia atrás sobre las plumas de Peca. Su padre ocupó la entrada.

La pichona protestó, dormida a medias. CRUM quiso explicarle que se callara. Sólo pudo apretarse contra ella.

05

Hasta que clareó

El gato no entró. Rondó la grieta y metió una pata por el costado. El padre se hizo más ancho donde no cabía hacerse más ancho. CRUM veía temblar las plumas de su espalda. Peca se despertó por completo.

«¿Ya es de día?»

«Todavía no.»

El hermano mayor esperaba que su voz sonara normal. Fuera, algo raspó la piedra. Después hubo un silencio peor: el de no saber si seguía allí. Cuando clareó, el padre salió apenas lo necesario para mirar. Regresó sin pescado, sin dormir, con una pluma torcida en el pecho. CRUM iba a decir que él vigilaría la noche siguiente.

Vio cómo el adulto cerraba un momento los ojos. Por primera vez entendió que vigilar también cansaba.





06

El turno imposible

CRUM empezó a llegar tarde a todo. Tarde al agua, porque esperaba a que alguien regresara al nido. Tarde al descanso, porque levantaba la cabeza ante cada ruido. Una tarde se quedó dormido de pie y Peca tuvo que darle un picotazo.

«Te caes.»

Él negó con la cabeza.



Luego tuvo que apoyarse en la pared. El gato no estaba siempre. Eso no ayudaba a saber cuándo vendría. También había ratas, capaces de meterse donde él no cabía. Su madre volvió del mar. CRUM dio un paso hacia afuera y otro hacia dentro.

«Ve a comer», dijo ella.

Peca le tocó el ala con el pico. CRUM la apartó con más brusquedad de la que quería. Su hermana se encogió. Se quedó un momento junto a ella antes de irse.

07

La lancha

La lancha llegó por la mañana. CRUM se escondió antes de que bajara la primera persona. Vio botas, cajas y una libreta envuelta para que no se mojara. Nadie se acercó a su grieta. Una mujer señaló el camino entre las rocas. Otra persona se agachó junto a una marca en la arena, le tomó una fotografía y anotó algo.



CRUM reconoció los cuatro dedos.

Los vio regresar varias veces. Colocaron equipo de vigilancia y dispositivos de control en sitios elegidos con cuidado. Trabajaban despacio y revisaban lo que dejaban. Peca quiso salir para mirar la lancha. Él le cerró el paso. Desde lejos sólo alcanzaban a ver pedazos del trabajo. CRUM no sabía para qué servía todo. Lo que sí notaba era que la gente volvía.





08

Un hueco hecho a mano

Después aparecieron nuevas cavidades entre las piedras. Tenían sombra. Eso era lo primero que CRUM veía desde fuera: una oscuridad fresca, distinta del brillo que le hacía entrecerrar los ojos. Durante días no se acercó.

Había aprendido a desconfiar de lo que no conocía y ahora todo lo nuevo caía en el mismo saco: ojos en la noche, botas, cajas, un hueco donde antes no había hueco.



Un vecino inspeccionó una de las cavidades. Entró, salió y volvió con su pareja. CRUM observó desde una roca. El vecino asomó la cabeza.

«Aquí no entra el sol de la tarde.»

No dijo que nada malo pudiera pasar allí. CRUM esperó a que los dos se fueran al agua. Sólo entonces avanzó lo suficiente para mirar la entrada.

09

Lo que cabía

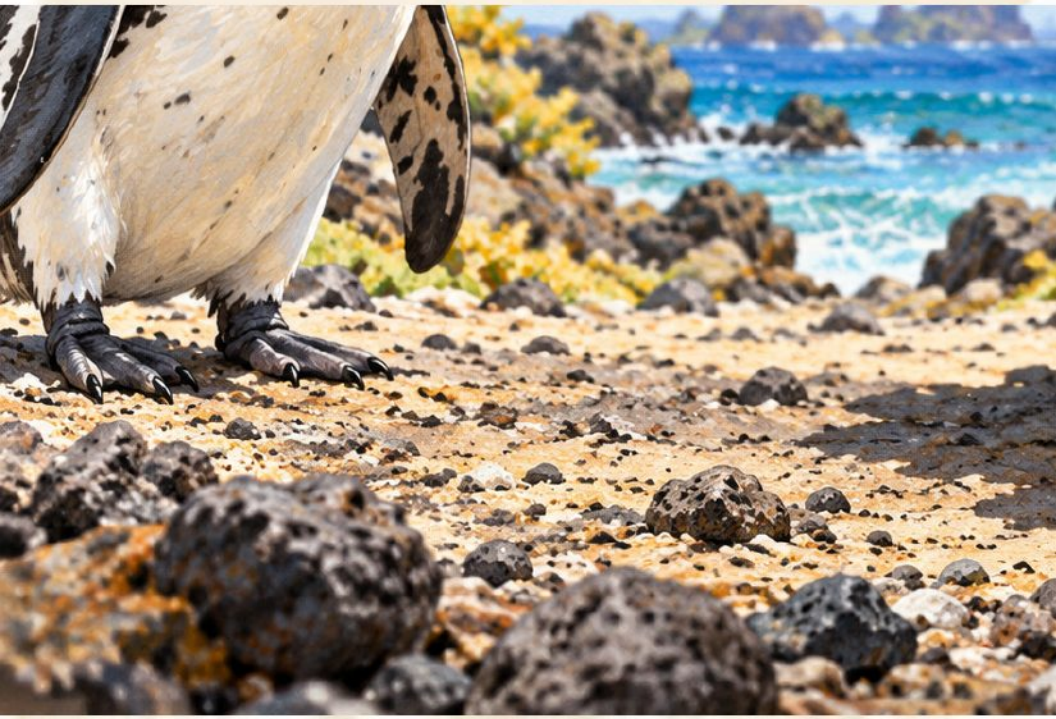
CRUM no llevó a Peca en la primera visita. Fue con su padre. Rodearon la cavidad, miraron dentro y se quedaron bajo la saliente. El adulto tuvo que inclinarse para pasar. El fondo permanecía en sombra. CRUM recordó la pata del gato raspando junto al nido.

«¿Aquí no llega?»

Su padre miró la entrada. Luego el camino por donde habían venido.

«No lo sé.»

CRUM quería una respuesta distinta. Salieron antes de que se hiciera tarde. En la playa seguía el equipo de vigilancia. El padre se detuvo junto a su grieta de siempre. La comparó con la otra. Aquella noche CRUM durmió un poco. No porque hubiera desaparecido el peligro. Su madre estaba despierta junto a él.



10

El traslado

Cuando volvieron a la cavidad, Peca caminó por su cuenta. Se detuvo a picotear una piedra blanca. CRUM esperó con tanta impaciencia que al final fue ella quien lo miró como si el raro fuera él. Llegaron antes de que la lava se calentara demasiado.

Su padre entró primero. La madre quedó fuera vigilando mientras Peca se acomodaba bajo la saliente. CRUM no encontraba dónde ponerse: quería ver el camino y a su hermana al mismo tiempo. Peca se movió hacia el fondo.

«Aquí.»

Había dejado un espacio junto a ella. CRUM entró. La franja de mar era más estrecha que en la grieta anterior. Aún se oían las olas. Aún había cosas fuera que no podía ver. Su hermana apoyó el pico entre las plumas.



11

Otra mañana

No dejaron de encontrar marcas de un día para otro. Hubo mañanas tranquilas y otras en que los adultos regresaron deprisa. La gente volvió a revisar los sitios de anidación y el equipo. A veces se quedaban junto a una cavidad vacía mucho más tiempo que junto a las ocupadas.



CRUM no sabía qué estaban contando.

Él contaba de otra manera: su madre entraba, su padre salía, Peca respondía desde el fondo. Una mañana llegaron dos soplos de alegría desde un nido vecino. Había nacido un pichón. Peca salió hasta el borde para escucharlo. CRUM estuvo a punto de empujarla hacia dentro. La miró bien. Estaba en sombra, detrás del adulto que ocupaba la entrada. Se quedó cerca. No la movió.





12

El mar también

Una casa no daba de comer. CRUM lo descubrió la tarde en que todos tardaron más en regresar. El mar había cambiado y los bancos de peces no estaban donde los buscaban. Su padre llegó con poco. Peca abrió el pico. CRUM miró hacia el agua. Le parecía injusto que después de tantas noches pendientes de las piedras hubiera que preocuparse también del mar.

Al día siguiente salió temprano con los adultos. Tuvo que nadar más lejos y abandonar dos persecuciones antes de conseguir alimento. Cuando regresó, se quedó flotando un momento junto a la costa. La cavidad se veía desde allí como una mancha pequeña. Peca lo esperaba. CRUM salió del agua y subió despacio, sin gastar en protestas el aire que todavía le faltaba.



13

Lo que no vuelve en barco

En una visita, las personas tardaron en desembarcar. Revisaron bolsas, cajas y las cosas que iban a bajar. Una mujer sacudió sus botas antes de apoyarlas sobre la roca. Peca miró la maniobra.

«¿Qué buscan?»

CRUM no sabía la respuesta entera. Recordó la primera huella y miró lo que llevaban dentro de las cajas. El trabajo de la gente no terminaba con abrir una cavidad. Había cosas que convenía no traer nunca. Al caer el sol, CRUM salió a la entrada. Peca lo acompañó y los dos observaron el horizonte. No se veía ningún barco.

Por una vez, eso fue todo lo que miraron.

14

La sombra vuelve

Mucho tiempo después, CRUM encontró a un pichón siguiendo una mancha. Era hijo de Peca. Picoteaba la sombra de su propio pico, exactamente igual que su madre. CRUM estuvo a punto de llamarlo. Miró primero la piedra. El pichón no estaba cerca del borde. Peca permanecía a su lado. Una nube pasó por delante del sol y se llevó la sombra.



El pequeño levantó la cabeza, sorprendido. CRUM conocía aquella sorpresa. No la había perdido del todo. Al fondo de la playa, la mujer de la libreta revisaba una cavidad. Después volvería al equipo de vigilancia. Mañana habría que salir al mar. El sol reapareció. La mancha regresó bajo el pico del pichón.

CRUM lo vio agacharse otra vez y se quedó donde estaba, lo bastante cerca para oírlo.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

El pingüino de Galápagos depende de aguas productivas para alimentarse y busca sitios sombreados para anidar. Los gatos y las ratas introducidos añaden riesgos. Los proyectos de conservación combinan seguimiento, control especializado de depredadores y protección del hábitat; algunas iniciativas construyen y revisan cavidades de anidación.

Lo que inventamos

CRUM y Peca son personajes inventados. Las islas no carecen de depredadores naturales, ni sus animales son incapaces de sentir miedo. Un nido artificial no garantiza protección contra gatos o ratas, ni resuelve la escasez de alimento. El cuento no afirma que se hayan erradicado de todas las Galápagos.

Tu turno

Sin acercarte a ningún animal, observa un lugar donde un ave pudiera descansar. Dibuja qué le da sombra, qué podría molestarla y qué no puedes saber sólo mirando. Compara dos sitios. Si visitas un área natural, cumple sus reglas de bioseguridad y deja el manejo de animales a personal autorizado.

Para seguir descubriendo

Galápagos Conservancy · Penguin conservation

Galápagos Conservation Trust · Galapagos penguin

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en octubre de 2026.

El miedo nuevo

CRUM sabe apartarse de una corriente, pero no reconoce la huella que aparece junto a su nido. Cuidar a Peca le parece sencillo hasta que intenta hacerlo sin dormir. Entonces llega una lancha, y con ella otra clase de incertidumbre.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Edición visual V3.0 · Octubre de 2026
Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

betafaunaguardianes.pages.dev